

Manuel Barceló apechuga con el mito de Darío Fo

No es Darío Fo el creador italiano que conquistó para siempre al público barcelonés desde el Grec, pero Manel Barceló consigue poner en pie tres historias paródicas, críticas y divertidísimas del inolvidable «Mistero Bufo».

«La Tigressa i d'altres històries», de Darío Fo. Traducción de Joan Casas. Interpretada por Manel Barceló. Dirección de José Antonio Ortega. Sala Villarroel.

PATRICIA GABANCHO

Elegante, plástico, actor hasta el tuétano, omnipresente, genial, acaparador de recursos, lúcido y revulsivo. No se confundan. Estoy hablando de Darío Fo, este mago contemporáneo que crea teatro a partir de tres elementos desnudos: palabra, gesto e intención. No le hace falta nada más para convertir su torrente de inspiración popular en arma. Las historias míticas jamás contadas se vuelven historietas críticas, la escena es una tribuna sin panfleto, la risa se hace subversiva. Esto es el:

«Misterio Bufo». Pasó por el Grec y se convirtió en mito, el público se rindió a la evidencia de un creador auténtico que provoca a fuerza de transformar la conciencia en carcajada y la carcajada en conciencia.

Y de ahí la nostalgia. Darío Fo ha contribuido a sanear más economías teatrales en Barcelona que todas las instituciones subvencionadoras juntas. Es la mejor garantía de cualquier cartelera. El público —así, en masa, hasta abarrotar la sala— no se pierde una. Le es igual que se repesquen las comedias como que se tire de beta del indomable «Mistero Bufo», que es lo que hace Manel Barceló. El público quiere encontrarse otra vez con la risa inquisitiva del italiano y va probando todo lo que

le dan. Y el encuentro más o menos se produce. Los textos de Darío Fo son así, generosos y a disposición. Tienen la gracia metida en la entraña.

No va todo este prólogo en contra de los méritos de Manel Barceló, faltaría más. Es casi un tributo: a la inteligencia para buscarse un tal libretista en el momento de enfrentar su primer compromiso serio con la escena y, sobre todo, a su capacidad para no asesinar lo que de Darío Fo hay en esta «tigresa». Que no es mucho, porque Manel Barceló, al fin y al cabo, un imitador nato, ha hecho una imitación distanciada. No juega a ser el maestro, sino a seguirlo de lejos: a dejarle claro al público que no quiere ser sino una versión digna y menor del original. Por eso hay una creación gestual

pero no lingüística: aquel pastiche idiomático inventado por Darío Fo es aquí un pulcro y desenfadado catalán muy bien conjuntado por Joan Casas. Y la gestualidad, incluso, es de una comicidad más tímida, más pedestre, menos explosiva: qué se le va a hacer, «en cada bogada es perd un llançol».

Pero el espíritu permanece y Manel Barceló tiene aquí cuerda para rato. Este espectáculo viene ya rodado y vale la pena, de verdad, meterse dentro de la historia del soldado de la Larga Marcha China y del primer milagro infantil de Jesús. Yo, sinceramente, suprimirla la tercera historia, sin más. Le da un contenido más denso al conjunto pero lo hace peligrosamente largo: sólo Darío Fo es capaz de soportar tanto escenario, tanto tiempo jugando al mismo juego y hasta el riesgo de bajar de ritmo. Manel Barceló, claro, no es Darío Fo, por más que las comparaciones sean odiosas. Lo hace muy bien, pero no da para tanto. Todavía hay clases.